

Juan José
Arreola

UNA SELECCIÓN PERSONAL
A PERSONAL SELECTION

Edición bilingüe
Bilingual Edition

Prólogo y notas / Prologue and notes by
Vicente Preciado Zacarías

Traducción / Translation
Ramón Elizondo Mata

PUERTABIERTA
EDITORES



Sembrando Lectores

El escritor argentino Jorge Luis Borges reconocía, entre más de seiscientos poemas escritos a lo largo de toda su vida, sólo tres por los cuales él podía ser recordado. Al igual que algunos escritores, Juan José Arreola reconocía —en toda su obra— nueve o diez relatos en los cuales había depositado su estimación y preferencia. Esos textos indudablemente estaban ligados en espacio, tiempo y circunstancia a lo más sensible de su *ordo amoris* personal.



Este libro, al publicar en inglés y español una selección de relatos de los diferentes libros de Juan José Arreola, intenta un acercamiento, por parte de profesores, alumnos y otros lectores de habla inglesa, a la obra de este gran escritor mexicano desconocido injustamente, en gran mayoría, por el público angloparlante.

Vicente Preciado Zacarías



PUERTABIERTA
EDITORES

Juan José
Arreola

UNA SELECCIÓN PERSONAL
A PERSONAL SELECTION

Juan José
Arreola

UNA SELECCIÓN PERSONAL
A PERSONAL SELECTION

Edición bilingüe / Bilingual Edition

Prólogo y notas / Prologue and notes by
Vicente Preciado Zacarías

Traducción / Translation
Ramón Elizondo Mata



PUERTABIERTA
EDITORES

© 1963 **Juan José Arreola**
Herederos de Juan José Arreola

© 1963, 2015 **Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.**
bajo el sello Joaquín Mortiz-Agencia LATAM

D.R. © 2016 **Puertabierta Editores, S.A. de C.V.**
Ma. del Refugio Morales No. 583, Col. El Porvenir, Colima, Col.
Tel. (312) 312 11 33 *www.puertabierta.com.mx*

Con la autorización de los titulares de derechos de autor y Editorial
Planeta Mexicana para la adaptación de la obra.

ISBN: 978-607-8488-26-1

Diseño: Alondra Jacobo Torres

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

A Raúl Padilla López

To Raúl Padilla López

Prólogo

El escritor argentino Jorge Luis Borges reconocía, entre más de seiscientos poemas escritos a lo largo de toda su vida, sólo tres por los cuales él podía ser recordado. Al igual que algunos escritores, Juan José Arreola reconocía —en toda su obra— nueve o diez relatos en los cuales había depositado su estimación y preferencia. Esos textos indudablemente estuvieron ligados en espacio, tiempo y circunstancia a lo más sensible de su *ordo amoris* personal, y son los que ahora presentamos en esta edición.

Este libro, al publicar en inglés y español los relatos preferidos por Juan José Arreola, intenta un acercamiento con profesores, alumnos y otros lectores, a la obra de este gran escritor mexicano, relegado injustamente, en su gran mayoría, por el público angloparlante.

Y es que hay que decirlo de una vez por todas: Juan José Arreola es un escritor difícil de leer y más de comprender. Traducirlo resulta a veces imposible, pues mientras otros escritores contemporáneos y hasta de la misma región del Sur de Jalisco son leídos hasta la imitación colectiva, en la medida que su lenguaje no representa ninguna dificultad de comprensión por parte de profesores, alumnos y del gran público en general, Arreola es un escritor que compromete a sus lectores; los abruma y los embroma con un estilo que resulta ser pura guasa, aparentemente. No se pueden leer cinco renglones en una

página escrita por Arreola sin que comprometa al lector a consultar otros tantos libros y autores a los que él alude en forma indirecta y sin permitir nunca que la erudición y la pedantería nos muestren su rostro epiceno. Al contrario, Arreola es capaz de tratar en sus relatos los temas más profundos de la filosofía, la teología y la metafísica, con una riqueza verbal deslumbrante pero sin llegar jamás al desperdicio de una sola palabra. Su lenguaje es estricto pero está gobernado por la eutrapelia. En sus textos nada falta; nada sobra. Por esa razón, muchos de los giros en su lenguaje, muchas imágenes poéticas, presentan serias dificultades para ser llevadas a otro idioma. Una sola palabra, metáfora o expresión, respira atmósferas distintas en diferentes lenguas; en este caso, el español y el inglés.

Nadie mejor que Felipe Garrido en el espléndido prólogo de *Narrativa Completa, Juan José Arreola* (Alfaguara, 1997), ha podido zanjar la diferencia entre Rulfo y Arreola cuando dice: “Las mejores de sus obras se mantienen frescas y vigorosas, y continúan cautivando a sus lectores. Algo los separa, sin embargo, y no con justicia. Rulfo ha sido mucho más leído que Arreola. A los ojos de los extranjeros que no conocen Jalisco y creen indios a los personajes de Rulfo, su literatura tiene un aire exótico que le gana puntos en universidades y en los congresos mundiales.

“Estoy seguro”, continúa diciendo Garrido, “de que esta edición de la narrativa de Arreola ayudará a corregir esta diferencia, contribuirá a que sus escritos sean más

ampliamente conocidos y entendidos, y permitirá que muchos nuevos lectores disfruten su deslumbrante malicia”.

Nosotros tomamos en préstamo estas últimas palabras de Felipe Garrido para expresar nuestro deseo y esperanza de que este libro aumente el afán por el conocimiento y el estudio de Juan José Arreola al ofrecer una selección de sus textos hecha —en forma directa— por el mismo autor, tomando en cuenta su grandeza y humildad cuando dijo: “Hasta ahora me doy cuenta de que soy un escritor de muy pocos lectores; pero de muy buenos lectores”.

Que alguien perdone nuestro intento de llevar textos de Juan José Arreola a otra lengua, como el inglés. Pero preferimos acometer la empresa a no hacer nada. Nos estimuló el entusiasmo y el respeto que vimos en estudiantes y algunos profesores de una universidad norteamericana, cuando en la primavera de 2006 nos fue concedido hablar ante ellos a propósito de la obra de Arreola en la presentación de un libro que había acogido entre sus páginas apuntes, notas, citas bibliográficas, datos y datas que el escritor jalisciense nos había permitido tomar en forma de apuntes a lo largo de nueve años en visitas cotidianas a su casa en Zapotlán.

Nos impresionó la honestidad incanjeable con la que los estudiantes y algunos profesores declararon no haber leído casi ningún texto de Arreola. Ese desconocimiento de la obra del escritor zapotlense se debía, quizá, a que

la única traducción en inglés que fue realizada en la Universidad de Austin (1964), estaba agotada y sólo se podía conseguir en librerías de usado. Además, presenta graves errores de traducción.

Este libro pretende ser una contribución para fomentar el entusiasmo por el estudio de la obra de Juan José Arreola, ofreciéndole al estudiante universitario, mexicano y/o angloparlante, la oportunidad de practicar el inglés o el español a partir de un libro preferencial. Al agregar notas al pie de página, en las dos lenguas, hemos intentado aplicar una de las técnicas de lectura que practicaba a diario Arreola: la lectura referencial, donde un tema —dato o data— lleva a otro, y éste a otro más como saltos de un caballo en una partida de ajedrez: *Homo ludens*.

De manera que al publicar esta versión bilingüe, aceptamos la idea de haber logrado sólo una aproximación a los esplendores que el inglés tiene como lengua. De la misma manera que reconocemos, como simples lectores, nuestras limitaciones cuando, en el propio español, el lenguaje de Arreola nos colma de apogeos y risueños deslumbramientos.

Soy deudor en agradecimientos al Dr. Álvaro Cruz González, a Ramón Elizondo Mata —traductor lúdico y generoso—, y a Berenice Aranda Preciado.

V.P.Z.

Prologue

The Argentinean writer Jorge Luis Borges used to recognize that, among the more than six hundred poems he wrote throughout his life, only three were truly memorable. Just like any other writer, Juan José Arreola used to recognize only nine or ten short stories into which he had poured his predilection and fondness. These texts were doubtlessly connected, in space, time and circumstance, to the most sensible part of his personal *ordo amoris*.

This book, published simultaneously in English and Spanish, contains a selection of short stories taken from several of Juan José Arreola's books, with which we intend to bring faculty members, students, and ordinary English speaking readers alike, a bit closer to the work of this great Mexican writer, unfairly unknown by most of the English speaking public.

Apparently, Juan José Arreola's texts are little known because they are quite difficult to read, and even more so to understand. Sometimes, it is impossible to translate Arreola's works. In comparison, some other contemporary authors—even some who were born in the same area of the southern part of Jalisco State, Mexico—are read and widely imitated by professors, students, and the public in general, because their language is not so difficult to understand. Arreola is a writer that challenges his readers. He appalls and taunts them with a language that seems to

be apparently only in jest. It is nearly impossible to read more than five of Arreola's lines without being forced to consult the books and authors that he cites indirectly. Nevertheless, he never allows erudition or pedantry to show us their ambiguous visage. On the contrary, Arreola is able to write about the most profound philosophical, theological and metaphysical subjects with amazing and rich verbal skills, without ever wasting a single word. His language is strict, but also abundant in subtle humorous insinuations. Nothing is missing in his stories. Nothing is excessive. This is why so many of his linguistic touches and poetic images present serious difficulties when someone tries to translate them into another language. Many words, metaphors or expressions may resound differently in another language—in this case, while translating them from Spanish to English.

Felipe Garrido has been able, like no one else, to tackle the difference between Rulfo and Arreola in the splendid prologue of *Narrativa Completa, Juan José Arreola* (Alfaguara 1997). There, Garrido writes, "Their best writings remain fresh and strong, and keep captivating their readers. Something sets them apart though, and unfairly so. Rulfo has been more widely read than Arreola. In the eyes of foreigners who have never been in Jalisco and believe that Rulfo's characters are indigenous people, his literature possesses an exotic tinge that earns him points in universities and international conferences."

“I am sure,” Garrido continues, “that this edition of Arreola’s narrative will help correct such difference. It will contribute to make his writings more widely known and better understood, and will allow many new readers to enjoy his shinning wit.”

We borrow those last words from Felipe Garrido in order to express our wish —and hope— that this book be an incentive to expand the study and knowledge of Juan Jose Arreola. It offers a selection of texts that the author, although quite indirectly, made by himself when he let us take a glance at his greatness and humility when he said, “Never before, until now, I realized that I am a writer with very few readers, but very good readers.”

We humbly plead for your understanding as we strive to translate Juan José Arreola’s texts into another language such as English. Nevertheless, we would rather attempt it than do nothing at all. We felt encouraged by the enthusiasm and respect shown by some students and professors from an American college during the spring of 2006, when we had the opportunity to introduce Arreola’s work through a book. Namely, a compilation of quotation notes, bibliographical citations, dates, and facts that the Jaliscan writer allowed us to jot down during nine years of daily visits to his home, in Zapotlán, Mexico.

What impressed us was the invaluable honesty of those professors and students, who admitted not having read but a few of Arreola’s texts. Perhaps the lack of aware-

ness about Arreola has its roots in the fact that the one and only translation into English of this author from Zapotlán —published by the University of Texas at Austin in 1964— is out of print. Therefore, perhaps used-book stores offer the only chance to find it. And regrettably, it has many mistranslations.

With this book, we pretend contributing to promote the study of Juan José Arreola's work by offering college students —both Mexican and English-speaking alike— the chance to practice English or Spanish through a preferential book. By adding footnotes in both languages, we tried to apply the reading technique that Arreola used to practice —i.e. referenced reading, in which one subject, date or data leads to another, which in turn leads to yet another one, just like the movements of the knight on a chessboard: *Homo ludens*.

Therefore, by publishing this bilingual version, we accept the fact that we are achieving a mere glimpse into the splendors of the English language. In the same vein, we recognize our own limitations as simple readers, when we feel —even in our mother language— that Arreola's words shower us with apogees and mirthful delights.

I'm indebted to Dr. Álvaro Cruz González, to Ramón Elizondo Mata —ludic and generous translator—, and to Berenice Aranda Preciado.

V. P. Z

Autrui¹

Lunes. Sigue la persecución sistemática de ese desconocido. Creo que se llama Autrui². No sé cuándo empezó a encarcelarme. Desde el principio de mi vida tal vez, sin que yo me diera cuenta. Tanto peor.

Martes. Caminaba hoy tranquilamente por calles y plazas. Noté de pronto que mis pasos se dirigían a lugares desacostumbrados. Las calles parecían organizarse en laberinto, bajo los designios de Autrui. Al final, me hallé en un callejón sin salida.

Miércoles. Mi vida está limitada en estrecha zona, dentro de un barrio mezquino. Inútil aventurarse más lejos. Autrui me aguarda en todas las esquinas, dispuesto a bloquearme las grandes avenidas.

Jueves. De un momento a otro temo hallarme frente a frente y a solas con el enemigo. Encerrado en mi cuarto, ya para echarme en la cama, siento que me desnudo bajo la mirada de Autrui.

Viernes. Pasé todo el día en casa, incapaz de la menor actividad. Por la noche surgió a mi alrededor una tenue circunvalación. Cierta especie de anillo, apenas más peligroso que un aro de barril.

.....
¹ Autrui, fr. El Próximo; El Otro, según algunos diccionarios.

² Según Arreola: “Todos los escritores se reconocen —de cien obras escritas— en tan sólo tres o cuatro. Joyce creía en este porcentaje. ‘Autrui’ creo entenderlo como uno de mis mejores textos”, cf. Preciado Zacarías, Vicente, *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, Universidad de Guadalajara, 2003, p.190.

Sábado. Ahora desperté dentro de un cartucho hexagonal, no mayor que mi cuerpo. Sin atreverme a atacar los muros, presentí que detrás de ellos nuevos hexágonos me aguardan.

Indudablemente, mi confinación es obra de Autrui.

Domingo. Empotrado en mi celda, entro lentamente en descomposición. Segrego un líquido espeso, amarillento, de engañosos reflejos. A nadie aconsejo que me tome por miel...

A nadie, naturalmente, salvo al propio Autrui³.

.....
³ “El ente que persigue y acorrala al autor en este relato es la angustia del ser frente a la nada, pues la nada es el no ser. La calendarización del texto a partir de los días de la semana representa el camino de esa nada. La bitácora siniestra es la réplica al existencialismo de Sartre en su drama *Los muertos sin sepultura*.” J.R. Ramírez, Comunicación personal, 2007.

Autrui¹

Monday. The systematic persecution of the unknown man goes on. I think his name is Autrui.² I don't know when he began to imprison me. Perhaps from the very beginning of my life, but I never realized it. So much for the worse.

Tuesday. Today, I was strolling calmly the streets and parks. Suddenly, I noticed that my steps were taking me to unaccustomed places. The streets seemed to organize themselves into a labyrinth under Autrui's designs. I finally found myself in a dead-end alley.

Wednesday. My life is confined to a narrow zone within a wretched district. It's useless to venture any further. Autrui stalks me in every corner, ready to obstruct my pass into the great avenues.

Thursday. From one moment to the next, I fear finding myself face-to-face and alone against the enemy. Locked in my room, as I get ready to lie in bed, I feel naked under Autrui's gaze.

Friday. I spent all day at home, unable to perform even the minor activity. In the night, a continuous cir-

.....
¹ Autrui, *fr.*: Fellow man; the other one, according to some dictionaries.

² Arreola said once, "All the writers recognize themselves in only three or four written works out of a hundred. Joyce believed in this percentage. 'Autrui', as far as I understand it, is one of my best texts." Preciado Zacarías, Vicente *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, Universidad de Guadalajara, 2003, p. 190.

cumvallation surged around me. Some kind of ring, slightly more dangerous than a barrel's hoop.

Saturday. I awoke inside a hexagonal cartridge no bigger than my body. Without even daring to attack the walls, I felt that, behind them, new hexagons are in wait for me.

No doubt about it, my confinement is Autrui's did.

Sunday. Embedded in my cell, I slowly fall in decomposition. I secrete a thick, yellowish liquid of deceitful reflections. I advise no one to mistake me for honey...

Nobody except Autrui himself, naturally.³

³ "The entity that hounds and corners the author in this story is the anguish of being, as opposed to nothingness, since nothingness is equivalent to not being. The dating of the text, based on the days of the week, represents the path that leads to oblivion. The sinister log is a reply to Sartre's existentialism in his drama *The Dead Ones without Grave*," J.R. Ramírez. Personal communication, 2007.

El guardagujas

El forastero llegó sin aliento a la estación desierta¹. Su gran valija, que nadie quiso cargar, le había fatigado en extremo. Se enjugó el rostro con un pañuelo, y con la mano en visera miró los rieles que se perdían en el horizonte. Desalentado y pensativo, consultó su reloj: la hora justa en que el tren debía partir.

Alguien, salido de quién sabe dónde, le dio una pal-mada muy suave. Al volverse, el forastero se halló ante un viejecillo de vago aspecto ferrocarrilero. Llevaba en la mano una linterna roja², pero tan pequeña, que parecía de

.....
¹ En los relatos de Papini y Arreola el público está ausente. En *El espejo que huye*, de Papini los viajeros también huyen o están petrificados en una inmovilidad fantástica. En “El guardagujas”, aparte del viejecillo y del acezante viajero, no hay nadie más en la estación. Sólo fantasmas. Una imagen del destino. Una exageración original como en Kafka. En el cuento de Papini el tema de la postergación infinita resuena allí en las siguientes palabras: “Ellos pensarán que todo el presente era sacrificado por ellos a un futuro que a su vez se había convertido en un presente sacrificando a su vez en otro futuro y así hasta el último presente, hasta la muerte”. El final de los textos es paralelo: En *El espejo que huye* el hombre “había desaparecido como un girón de humo”. En “El guardagujas” el viejecillo “se disolvió en una clara mañana”. cf. Preciado Zacarías, Vicente, *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, Universidad de Guadalajara, 2003, p. 517.

² Según Carmen de Mora: “Este relato recuerda ‘The Signal-man’ (*El guardavías*) de Dickens. También allí aparece una luz roja (a la entrada del túnel) y el guardavías dialoga con un visitante.” Arreola nunca citó a Dickens como precedente; en cambio dijo: “‘El guardagujas’ es una imagen del destino, una exageración como en Kafka”. Juan José Arreola agrega: “‘El guardagujas’ tiene figuras seminales de *El espejo que huye*, cuento de Papini que me dio imágenes y escenas reunidas a propósito de los trenes. *Palabras y Sangre* lo leí durante un viaje —en tren— de Guadalajara a Zapotlán en un libro de pastas verde-higuera. Esto sucedió en 1934. Median 17 años desde la lectura hasta su aplicación en ‘El guardagujas’. Este cuento lo escribí

juguete. Miró sonriendo al viajero, que le preguntó con ansiedad:

—Usted perdone, ¿ha salido ya el tren?

—¿Lleva usted poco tiempo en este país?

—Necesito salir inmediatamente. Debo hallarme en T. mañana mismo.

—Se ve que usted ignora las cosas por completo. Lo que debe hacer ahora mismo es buscar alojamiento en la fonda para viajeros —y señaló un extraño edificio ceniciento que más bien parecía un presidio.

—Pero yo no quiero alojarme, sino salir en el tren.

—Alquile usted un cuarto inmediatamente, si es que lo hay. En caso de que pueda conseguirlo, contráteme por mes, le resultará más barato y recibirá mejor atención.

—¿Está usted loco? Yo debo llegar a T. mañana mismo.

—Francamente, debería abandonarlo a su suerte. Sin embargo, le daré unos informes.

—Por favor...

en la casa de [la calle] Juan N. González, entre las once y las dos de la tarde del año 1950. Otra fuente de mi cuento está en Kafka, en *El proceso*. Los esquemas sintácticos son casi idénticos sobre todo en las palabras de Titorelli, el pintor, cuando habla con K acerca de los resultados posibles e imposibles del proceso. K acude con él, pues se supone que Titorelli tiene influencia con un juez al que le va hacer un retrato. Habla de la absolución real (que nunca se ha otorgado); la absolución aparente (que es sólo aparente); o la prórroga ilimitada; vale decir, la postergación infinita. Otra versión que escribí de ‘El guardagujas’ es donde el viajero se duerme sobre la maleta. ‘El guardagujas’ es el fantasma de un ferrocarrilero que se enfrenta al tren para no suicidarse.”

—Este país es famoso por sus ferrocarriles, como usted sabe³. Hasta ahora no ha sido posible organizarlos debidamente, pero se han hecho ya grandes cosas en lo que se refiere a la publicación de itinerarios y a la expedición de boletos. Las guías ferroviarias abarcan y enlazan todas las poblaciones de la nación; se expenden boletos hasta para las aldeas más pequeñas y remotas. Falta solamente que los convoyes cumplan las indicaciones contenidas en las guías y que pasen efectivamente por las estaciones. Los habitantes del país así lo esperan; mientras tanto, aceptan las irregularidades del servicio, y su patriotismo les impide cualquier manifestación de desagrado.

—Pero ¿hay un tren que pasa por esta ciudad?

—Afirmarlo equivaldría a cometer una inexactitud. Como usted puede darse cuenta, los rieles existen, aunque un tanto averiados. En algunas poblaciones están sencillamente indicados en el suelo, mediante dos rayas

³ Carmen de Mora señala que: “Para Seymour Menton es ‘mitad sátira realista que toma como blanco las irregularidades de los ferrocarriles mexicanos, y mitad fantasía quintaesenciada’ y los fantásticos incidentes relatados por el extraño guardagujas, constituyen, en sentido lato, la respuesta de Arreola al mercantilismo del siglo. Clara Passafari encuentra planteada en ‘El guardagujas’ la actitud filosófica de Arreola sobre el destino del hombre. Luis Leal distingue tres niveles de significado que van desde lo obvio, la crítica de los ferrocarriles, a la ‘sutil sátira de las instituciones sociales’ y ‘una penetrante inquisición de la naturaleza de la realidad’. Evelio Echeverría extrae de ‘El guardagujas’ un ideario existencial y vital de tipo pragmático opuesto al pesimismo de los primeros existencialistas. T. O. Bente ve la simbolización de una estructura gubernamental. Jerry Newford lo interpreta en un nivel simbólico, ‘como crítica de un sistema político de cualquier denominación’ y como sátira social. Por último, Bertie Acker recoge en la suya las conclusiones de Luis Leal y coincide con Evelio Echeverría en la lección que pretende darnos Arreola: ‘disfruta del viaje aunque el destino sea incierto’”. De Mora, Carmen, *Confabulario Definitivo*, Juan José Arreola, Cátedra, Madrid, 1986, p. 20.

de gis⁴. Dadas las condiciones actuales, ningún tren tiene la obligación de pasar por aquí, pero nada impide que eso pueda suceder. Yo he visto pasar muchos trenes en mi vida y conocí algunos viajeros que pudieron abordarlos. Si usted espera convenientemente, tal vez yo mismo tenga el honor de ayudarle a subir a un hermoso y confortable vagón.

—¿Me llevará ese tren a T.?⁵

—¿Y por qué se empeña usted en que ha de ser precisamente a T.? Debería darse por satisfecho si pudiera abordarlo. Una vez en el tren, su vida tomará efectivamente algún rumbo. ¿Qué importa si ese rumbo no es el de T.?

—Es que yo tengo un boleto en regla para ir a T. Lógicamente, debo ser conducido a ese lugar, ¿no es así?

—Cualquiera diría que usted tiene razón. En la fonda para viajeros podrá usted hablar con personas que han tomado sus precauciones, adquiriendo grandes cantidades de boletos. Por regla general, las gentes previsoras compran pasajes para todos los puntos del país. Hay quien ha gastado en boletos una verdadera fortuna...

—Yo creí que para ir a T. me bastaba un boleto. Mírelo usted...

.....
⁴ Gis: tiza o pizarrín.

⁵ Arreola comentó alguna vez: “En la novela *El eterno marido* de Dostoievski, aparece allí una ciudad ‘T’. Tal vez de allí *me salió* la ‘T’ de ‘El guardagujas’. *El Eterno Marido* es un texto con muchas tes. En una riña de Goluvenko Veltchaninov y Pável Pavlovitch, uno de los personajes dice: ‘pocos años después supo que Bagautov había ido a T..., y pasado cinco años allí’”. *cf.* Preciado Zacarías, Vicente, *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, Universidad de Guadalajara, 2003, p. 284.

—El próximo tramo de los ferrocarriles nacionales va a ser construido con el dinero de una sola persona que acaba de gastar su inmenso capital en pasajes de ida y vuelta para un trayecto ferroviario cuyos planos, que incluyen extensos túneles y puentes, ni siquiera han sido aprobados por los ingenieros de la empresa.

—Pero el tren que pasa por T., ¿ya se encuentra en servicio?

—Y no sólo ése. En realidad, hay muchísimos trenes en la nación, y los viajeros pueden utilizarlos con relativa frecuencia, pero tomando en cuenta que no se trata de un servicio formal y definitivo. En otras palabras, al subir a un tren, nadie espera ser conducido al sitio que desea.

—¿Cómo es eso?

—En su afán de servir a los ciudadanos, la empresa debe recurrir a ciertas medidas desesperadas. Hace circular trenes por lugares intransitables. Esos convoyes expedicionarios emplean a veces varios años en su trayecto, y la vida de los viajeros sufre algunas transformaciones importantes. Los fallecimientos no son raros en tales casos, pero la empresa, que todo lo ha previsto, añade a esos trenes un vagón capilla ardiente y un vagón cementerio. Es motivo de orgullo para los conductores depositar el cadáver de un viajero —lujosamente embalsamado— en los andenes de la estación que prescribe su boleto. En ocasiones, estos trenes forzados recorren trayectos en que falta uno de los rieles. Todo un lado de los vagones se estremece lamentablemente con los golpes que dan

las ruedas sobre los durmientes. Los viajeros de primera —es otra de las previsiones de la empresa— se colocan del lado en que hay riel. Los de segunda padecen los golpes con resignación. Pero hay otros tramos en que faltan ambos rieles; allí los viajeros sufren por igual, hasta que el tren queda totalmente destruido.

—¡Santo Dios!

—Mire usted: la aldea de F. surgió a causa de uno de esos accidentes. El tren fue a dar en un terreno impracticable. Lijadas por la arena, las ruedas se gastaron hasta los ejes. Los viajeros pasaron tanto tiempo juntos⁶, que de las obligadas conversaciones triviales surgieron amistades estrechas. Algunas de esas amistades se transformaron pronto en idilios, y el resultado ha sido F, una aldea progresista llena de niños traviesos que juegan con los vestigios enmohecidos del tren.

—¡Dios mío, yo no estoy hecho para tales aventuras!

—Necesita usted ir templando su ánimo; tal vez llegue usted a convertirse en héroe. No crea que faltan ocasiones para que los viajeros demuestren su valor y sus capacidades de sacrificio. Recientemente, doscientos pasajeros anónimos escribieron una de las páginas más gloriosas en nuestros anales ferroviarios. Sucede que en un viaje de prueba, el maquinista advirtió a tiempo una grave omisión de los constructores de la línea. En la ruta

.....
⁶ Carmen de Mora comenta que: “En ‘La autopista del sur’ de J. Cortázar, como consecuencia de un embotellamiento que se prolonga definitivamente, se origina también una comunidad solidaria y feliz entre los conductores”. De Mora, Carmen, *Confabulario Definitivo*, Juan José Arreola, Cátedra, Madrid 1986, p. 80.

faltaba el puente que debía salvar un abismo. Pues bien, el maquinista, en vez de poner marcha hacia atrás, arengó a los pasajeros y obtuvo de ellos el esfuerzo necesario para seguir adelante. Bajo su enérgica dirección, el tren fue desarmado pieza por pieza y conducido en hombros al otro lado del abismo, que todavía reservaba la sorpresa de contener en su fondo un río caudaloso. El resultado de la hazaña fue tan satisfactorio que la empresa renunció definitivamente a la construcción del puente, conformándose con hacer un atractivo descuento en las tarifas de los pasajeros que se atreven a afrontar esa molestia suplementaria.

—¡Pero yo debo llegar a T. mañana mismo!

—¡Muy bien! Me gusta que no abandone usted su proyecto. Se ve que es usted un hombre de convicciones. Alójese por lo pronto en la fonda y tome el primer tren que pase. Trate de hacerlo cuando menos; mil personas estarán para impedirselo. Al llegar un convoy, los viajeros, irritados por una espera demasiado larga, salen de la fonda en tumulto para invadir ruidosamente la estación. Muchas veces provocan accidentes con su increíble falta de cortesía y de prudencia. En vez de subir ordenadamente se dedican a aplastarse unos a otros; por lo menos, se impiden para siempre el abordaje, y el tren se va dejándolos amotinados en los andenes de la estación. Los viajeros, agotados y furiosos, maldicen su falta de educación, y pasan mucho tiempo insultándose y dándose de golpes.

—¿Y la policía no interviene?

—Se ha intentado organizar un cuerpo de policía en cada estación, pero la imprevisible llegada de los trenes hacía tal servicio inútil y sumamente costoso. Además, los miembros de ese cuerpo demostraron muy pronto su venalidad, dedicándose a proteger la salida exclusiva de pasajeros adinerados que les daban a cambio de esa ayuda todo lo que llevaban encima. Se resolvió entonces el establecimiento de un tipo especial de escuelas, donde los futuros viajeros reciben lecciones de urbanidad y un entrenamiento adecuado. Allí se les enseña la manera correcta de abordar un convoy, aunque esté en movimiento y a gran velocidad. También se les proporciona una especie de armadura para evitar que los demás pasajeros les rompan las costillas.

—Pero una vez en el tren, ¿está uno a cubierto de nuevas contingencias?

—Relativamente. Sólo le recomiendo que se fije muy bien en las estaciones. Podría darse el caso de que usted creyera haber llegado a T., y sólo fuese una ilusión. Para regular la vida a bordo de los vagones demasiado repletos, la empresa se ve obligada a echar mano de ciertos expedientes. Hay estaciones que son pura apariencia: han sido construidas en plena selva y llevan el nombre de alguna ciudad importante. Pero basta poner un poco de atención para descubrir el engaño. Son como las decoraciones del teatro, y las personas que figuran en ellas están llenas de aserrín. Esos muñecos revelan fácilmente los estragos de la intemperie, pero son a veces una perfecta

imagen de la realidad: llevan en el rostro las señales de un cansancio infinito.

—Por fortuna, T. no se halla muy lejos de aquí.

—Pero carecemos por el momento de trenes directos. Sin embargo, no debe excluirse la posibilidad de que usted llegue mañana mismo, tal como desea. La organización de los ferrocarriles, aunque deficiente, no excluye la posibilidad de un viaje sin escalas. Vea usted, hay personas que ni siquiera se han dado cuenta de lo que pasa. Compran un boleto para ir a T. Viene un tren, suben, y al día siguiente oyen que el conductor anuncia: “Hemos llegado a T.” Sin tomar precaución alguna, los viajeros descienden y se hallan efectivamente en T.

—¿Podría yo hacer alguna cosa para facilitar ese resultado?

—Claro que puede usted. Lo que no se sabe es si le servirá de algo. Inténtelo de todas maneras. Suba usted al tren con la idea fija de que va a llegar a T. No trate a ninguno de los pasajeros. Podrán desilusionarlo con sus historias de viaje, y hasta denunciarlo a las autoridades.

—¿Qué está usted diciendo?

—En virtud del estado actual de las cosas los trenes viajan llenos de espías. Estos espías, voluntarios en su mayor parte, dedican su vida a fomentar el espíritu constructivo de la empresa. A veces uno no sabe lo que dice y habla sólo por hablar. Pero ellos se dan cuenta en seguida de todos los sentidos que puede tener una frase, por sencilla que sea. Del comentario más inocente saben

sacar una opinión culpable. Si usted llegara a cometer la menor imprudencia, sería aprehendido sin más; pasaría el resto de su vida en un vagón cárcel o le obligarían a descender en una falsa estación, perdida en la selva. Viaje usted lleno de fe, consuma la menor cantidad posible de alimentos y no ponga los pies en el andén antes de que vea en T. alguna cara conocida.

—Pero yo no conozco en T. a ninguna persona.

—En ese caso redoble usted sus precauciones. Tendrá, se lo aseguro, muchas tentaciones en el camino. Si mira usted por las ventanillas, está expuesto a caer en la trampa de un espejismo. Las ventanillas están provistas de ingeniosos dispositivos que crean toda clase de ilusiones en el ánimo de los pasajeros. No hace falta ser débil para caer en ellas. Ciertos aparatos, operados desde la locomotora, hacen creer, por el ruido y los movimientos, que el tren está en marcha. Sin embargo, el tren permanece detenido semanas enteras, mientras los viajeros ven pasar cautivadores paisajes a través de los cristales.

—¿Y eso qué objeto tiene?

—Todo esto lo hace la empresa con el sano propósito de disminuir la ansiedad de los viajeros y de anular en todo lo posible las sensaciones de traslado. Se aspira a que un día se entreguen plenamente al azar, en manos de una empresa omnipotente, y que ya no les importe saber a dónde van ni de dónde vienen.

—Y usted, ¿ha viajado mucho en los trenes?

—Yo, señor, sólo soy guardagujas. A decir verdad, soy un guardagujas jubilado, y sólo aparezco aquí de vez en cuando para recordar los buenos tiempos. No he viajado nunca, ni tengo ganas de hacerlo. Pero los viajeros me cuentan historias. Sé que los trenes han creado muchas poblaciones además de la aldea de F. cuyo origen le he referido. Ocurre a veces que los tripulantes de un tren reciben órdenes misteriosas. Invitan a los pasajeros a que descendan de los vagones, generalmente con el pretexto de que admiren las bellezas de un determinado lugar. Se les habla de grutas, de cataratas o de ruinas célebres: “Quince minutos para que admiren ustedes la gruta tal o cual”, dice amablemente el conductor. Una vez que los viajeros se hallan a cierta distancia, el tren escapa a todo vapor.

—¿Y los viajeros?

—Vagan desconcertados de un sitio a otro durante algún tiempo, pero acaban por congregarse y se establecen en colonia. Estas paradas intempestivas se hacen en lugares adecuados, muy lejos de toda civilización y con riquezas naturales suficientes. Allí se abandonan lotes selectos de gente joven, y sobre todo con mujeres abundantes. ¿No le gustaría a usted pasar sus últimos días en un pintoresco lugar desconocido en compañía de una muchachita?

El viejecillo sonriente hizo un guiño y se quedó mirando al viajero, lleno de bondad y de picardía. En ese momento se oyó un silbido lejano. El guardagujas dio un

brinco, y se puso a hacer señales ridículas y desordenadas con su linterna.

—¿Es el tren? —preguntó el forastero.

El anciano echó a correr por la vía, desaforadamente. Cuando estuvo a cierta distancia, se volvió para gritar:

—¡Tiene usted suerte! Mañana llegará a su famosa estación. ¿Cómo dice usted que se llama?

—¡X! —contestó el viajero⁷.

En ese momento el viejecillo se disolvió en la clara mañana. Pero el punto rojo de la linterna siguió corriendo y saltando entre los rieles, imprudentemente, al encuentro del tren.

Al fondo del paisaje, la locomotora se acercaba como un ruidoso advenimiento.

.....
⁷Arreola confesó un día: “En ‘El guardagujas’ el forastero al final pregunta por la estación ‘X’ (después de haberse pasado todo el relato preguntando por la estación T). Hace esto porque dice: ‘ya después de todo lo que me ha pasado, ¿qué me importa dónde voy?’, y yo lo puse así al azar. No me di cuenta hasta después”. *cf.* Preciado Zacarías, Vicente, *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, Universidad de Guadalajara, 2003, p. 306.

The Switchman

The outsider arrived, breathless, to the deserted station.¹ His enormous suitcase —that nobody wanted to carry for him— had exhausted him. He wiped his face with a handkerchief and, while shading his eyes with a hand, he gazed at the tracks that faded away toward the horizon. Dismal and pensive, he checked his watch: it was the exact time when the train was supposed to leave.

Someone, who seemed to emerge from nowhere, tapped him gently. When the outsider turned around, he faced a little old man with the vague appearance of a railroad man. He bore a red lantern² in his hand, but so

¹ In Papini's and Arreola's tales, the audience is absent. In Papini's *The Escaping Mirror*, the travelers also flee, or are petrified in fantastic immobility. In *The switchman*, besides the little old man and the impatient traveler, the station is deserted. There are only ghosts. An image of destiny. A unique exaggeration, as in Kafka. In Papini's tale, the topic of infinite postponement resounds here in these words, "They will think that they sacrificed the present time to a future that, in sequence, turned into a present sacrificed once more to another future, and so on, until the last present, until death." The conclusion of the texts is parallel. In *The Escaping Mirror*, the man "vanished as a wisp of smoke." In "The switchman", the little old man "dissolved in a clear morning." Preciado Zacarías, Vicente, *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, Universidad de Guadalajara, 2003, p. 517.

² de Mora points out that, "This story resembles Dickens' 'The Signal-Man'. There is also a red light (at the entrance of the tunnel) and the signal-man talks with a visitor." Juan José Arreola never mentioned Dickens as a predecessor. Nevertheless, he said, " 'The switchman' is a picture of fate. An exaggeration, as in Kafka's works." Then Arreola adds, " 'The switchman' contains seminal figures from Papini's *The Escaping Mirror*, a tale that presented me with a collection of images and scenes related to trains. I read *Words and Blood* during a trip —by train— from Guadalajara (Mexico) to Zapotlán. It was a hand-bound olive-green book. That happened in 1934. Therefore, there was a 17-year lapse between that reading

small that it looked like a toy. Smiling, he kept looking at the outsider, who asked him anxiously:

“Excuse me. Has the train left already?”

“Have you been for a short time in this country?”

“I need to leave immediately. I must be tomorrow in T.”

“It’s clear that you ignore completely how this works. What you should do right now, is find lodging at the traveler’s inn –he said as he pointed to an odd ashen-colored building that looked more like a prison.”

“I don’t want lodging, but leaving on the train.”

“Rent a room immediately, if you can find it. In case you find one, rent it by the month. That way, it will be cheaper and you will receive better attention.”

“Are you crazy? I must arrive tomorrow to T.”

“Frankly, I should leave you to your fate. However, I’ll give you some information.”

“Please...”

“This country is famous for its railroad system, as you know.³ Until now, it has been impossible to organize

and “The Switchman”. I wrote this story in 1950, in our house on Juan N. González Street, between 11 a.m. and 2 p.m. Another source of inspiration for my story was Kafka’s *The Trial*. The syntactic patterns are almost identical, especially in the words of Titorelli, the painter, when he talks with K about the possible or impossible results of the trial. K goes to him because he assumes that Titorelli has some influence on a judge whose portrait he is going to paint. He talks about royal acquittal (that has never been awarded); apparent acquittal (the one that is only apparent); or unlimited prorogation –i.e., indefinite postponement. I wrote another version of “The Switchman” in which the traveler sleeps on the suitcase. “The switchman” is the ghost of a railroad worker who decides to face the train instead of killing himself.” *op. cit.* p.518.

³ Carmen de Mora points out that, “For Seymour Menton it is ‘half a realistic satire that targets the irregularities of Mexican trains and half a quintessential fantasy’

it properly, but great progress has been made as far as publishing timetables and issuing tickets are concerned. Railroad tracks reach and join all the country's towns; tickets are sold even to the smallest and most remote villages. The only thing still missing is that convoys adhere to the indications contained in the guidelines and actually pass by the stations. That's what the residents of this country expect; in the meanwhile, they accept the irregularities of the service, and their patriotism keeps them from showing any discontent."

"But, is there a train that comes to this city?"

"Asserting that would amount to an inaccuracy. As you may see, the rails are there, though in rather bad shape. In some towns, they are simply drawn on the ground as a couple of chalk⁴ lines. Given the present conditions, no train is obliged to come to this place, but nothing prevents it from doing so. I've seen many trains go by in

and the fantastic incidents told by the peculiar switchman constitute, in a broad sense, Arreola's reaction to the mercantilism of the century. In 'The switchman', Clara Passafari finds Arreola's philosophical attitude toward the fate of humankind. Luis Leal recognizes three levels of meaning that go from the obvious –the criticism of Mexican trains– to 'a subtle satire of social institutions' and 'a penetrating inquiry about the nature of reality'. To EvelioEcheverría 'The switchman' is an existential and vital ideology, of a pragmatic nature, opposed to the pessimism of the first existentialists. T.O. Bente perceives the symbolism of governmental organizations. Jerry Newford interprets it at a symbolic level, 'as a criticism to political systems of any denomination' and a social satire. Finally, Bertie Acker pulls together Luis Leal's conclusions and coincides with EvelioEcheverría on the lesson that Arreola tries to teach us, 'enjoy the journey through your destiny is uncertain'. De Mora, Carmen, *Confabulario Definitivo*, Juan José Arreola, Cátedra, Madrid, 1986, p. 20.

⁴ Chalk: slate pencil.

my life, and I've met with some travelers who managed to board them. If you wait properly, perhaps I will have the honor of helping you get on board of a nice and comfortable coach wagon."

"Will this train take me to T?"⁵

"Why do you insist precisely on T as a destination? You should be contented with merely boarding the train. Once on board, your life will definitely follow some course. What difference does it make whether it is T or not?"

"You see, I have in order a ticket to travel to T. Logically, I must be taken there, don't you agree?"

"Most people would say you are right. At the traveler's inn you may talk with people who already adopted some cautions, like buying huge amounts of tickets. As a general rule, wise people buy tickets to all destinations in the country. A few of them have spent a fortune on train fares..."

"I thought a ticket would be enough to travel to T. See for yourself..."

"The next stretch of national railways will be built with the money of just one person, who spent recently his immense capital on round-trip tickets for a railroad track whose blueprints, that include extensive tunnels and

⁵ On one occasion, Arreola explained, "In Dostoievsky's work *The eternal husband*, there is a city called 'T.' Perhaps I borrowed from him the 'T' for 'The switchman'. *The eternal husband* is a text with many 'Ts'. In a quarrel between Goluvenco Veltchaminov and Pavel Pavlovitch, one of the characters says, 'A few years later, he knew Bagoutv had gone to T..., and stayed five years over there.'" Preciado Zacarías, Vicente, *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, Universidad de Guadalajara, 2003, p. 284.

bridges, have not even been approved by the Company's engineers."

"But, tell me, is the train that passes by T already in service?"

"Not just that one. Actually, there are many trains in the nation, and travelers may use them relatively often, but they must bear in mind that the service is not a formal and definite one. In other words, after boarding the train, nobody expects to be taken to the desired place."

"Why is that?"

"In its eagerness to serve the citizenry, the Company must resort to a few desperate measures. It sends trains to inaccessible places. Sometimes, these expeditionary convoys require years to complete their journeys, and the lives of the passengers suffer important transformations. Casualties are not uncommon in such cases, but the Company, which has anticipated everything, adds a funerary chapel car and a cemetery wagon to those trains. The operators take pride in leaving the traveler's corpse—lavishly embalmed—on the station platform written in his or her ticket. Occasionally, those forced trains run over roadbeds where one of the rails is missing. One side of the passenger coaches rattles deplorably as the train's wheels hit the railroad ties. First-class passengers—another example of the Company's foresight—are seated on the side where there is a rail. Second-class passengers have to bear the beating with resignation. However, there are even some stretches where both rails are

missing. In those cases, all passengers suffer equally until the train is totally destroyed.”

“Good Lord!”

“See, the village of F came into existence after one of those accidents. The train ended up in some impassable terrains. Eroded by the sand, the wheels were worn down to their axles. Passengers spent so much time together,⁶ that trivial conversations lead to intimate friendships. Soon enough, some of those friendships turned into romances, and the result was F, a progressive village filled with vivacious children who play with the rusty vestiges of the train.”

“For Heaven sake! I’m not one for such adventures!”

“You need to start gathering your courage; perhaps you will become a hero. You shouldn’t think that the occasions for the passengers to show their courage and capacity for sacrifice are few. Recently, two hundred anonymous passengers wrote one of the most glorious pages in the annals of our railroad. As it happened, during a trial journey the machinist noticed, barely in time, that the builders of the track had made a serious omission. The bridge that should have spanned an abyss was missing. Anyway, instead of backing up, the machinist addressed the passengers and got enough cooperation from them to keep going ahead. Under his persuasive leadership, the

.....
⁶ Carmen de Mora points out that, “In Julio Cortázar’s ‘The Southern Thruway’, as a result of an indefinitely prolonged traffic jam, a supportive and happy community emerges among the drivers.” De Mora, Carmen, *Confabulario Definitivo*, Juan José Arreola, Cátedra, Madrid, 1986, p. 80.

train was taken apart, piece by piece, and carried on the shoulders to the other side of the abyss, which still had another surprise in store: a turbulent river at its bottom. The results of such feat were so satisfying, that the Company waived definitely the construction of the bridge, and began to offer instead an attractive discount fare for the passengers who dare facing the additional nuisance.”

“But I must arrive tomorrow to T!”

“Very good! I like that you refuse to give up on your project. It shows that you are a man of convictions. In the meanwhile, get lodged at the inn and board the first train that comes by. At least, try to do it; one thousand people will be there to get in your way. Whenever a train turns up, the travelers —exasperated by the overly long wait— leave the inn in tumult to invade noisily the station. Quite often, they cause accidents with their appalling lack of courtesy and prudence. Instead of boarding the train in orderly fashion, they devote themselves to crush one another; that way, they keep each other from boarding the train forever, so the convoy departs, leaving them in riot at the station platforms. The travelers, exhausted and furious, curse each other’s lack of good rearing and spend a long time insulting and hitting each other.”

“Doesn’t police intervene?”

“They tried to establish police corps in every station, but the unpredictable arrival of the trains rendered such service useless and too expensive. Besides, the members

of those police units showed quite soon their corrupt nature by protecting the boarding of wealthy passengers who gave them, in exchange, everything they had on them. Then, the decision was made to establish a special kind of schools, where future travelers received lessons on good manners and proper training. There, they are taught the correct way to board a train, even while it moves at great speed. Besides, they were given some kind of armor, so the other passengers won't crack their ribs."

"But once on board the train, isn't one safe from further contingencies?"

"Relatively so. My only recommendation is to watch very carefully the stations. It could happen that you might think that you arrived to T, but it might be only an illusion. In order to regulate life on board the overcrowded railroad wagons, the Company is forced to adopt certain practical measures. There are totally fictitious stations: they have been built in the middle of the jungle and bear the name of an important city. However, a little bit of attention will be enough to discover the scam. Those stations look like theater sets, and the people you see in them are stuffed with sawdust. The dummies are given away by the ravages of weather, but sometimes they are the perfect image of reality: their faces show the signs of some infinite weariness."

"Luckily, T is not far from here."

"But right now there are no direct departures. However, the possibility of your arriving tomorrow to T must

not be left out, just as you wish. The railroad scheduling, though inefficient, does not exclude the possibility of a non-stop journey. See for yourself, there are people who have not even realized what's going on. They buy a ticket for T. A train comes by, they get on board, and the next day they hear the machinist announce, "We have arrived to T." The passengers, without any caution, get off the train and find themselves, effectively, in T."

"Is there anything that I could do to get the same result?"

"Of course there is. The tricky part is to know if that will do you any good. But try it anyway. Get on board the train with the unbending idea that you will reach T. Avoid talking with the passengers. They might dishearten you with their travel stories, and even denounce you to the authorities."

"What are you saying?"

"Given the present state of affairs, trains are packed with spies. Such moles —mostly volunteers— devote their lives to encourage the constructive spirit of the Company. Occasionally, one doesn't know what is saying and keeps talking just for the heck of it. But they realize immediately all the hidden meanings a phrase may have, however simple it might be. They can twist the simplest remark and turn it into an accusation. If you happened to commit the slightest imprudence, they would arrest you without any further ado; and you could spend the rest of your life in a prison wagon, or they might leave

you in a false station, lost in the jungle. Travel filled by faith, consume as little food as possible, and avoid stepping onto the station before you see a familiar face in T.”

“Alas, I don’t know anybody in T.”

“In such case, double your cautions. There will be—I can assure you—many temptations on the way. If you look through the windows, you are in danger of being trapped by a mirage. The train’s windows are equipped with ingenious devices that create all kinds of illusions in the passengers’ minds. And one doesn’t have to be weak to fall for them. Certain mechanisms, operated from the locomotive, create through noise and movements the illusion that the train is moving. Nevertheless, the train may stand still for weeks on end, while the passengers watch captivating landscapes pass by through the crystals.”

“And what is the purpose of that?”

“The Company does all this with the wholesome intention of reducing the anxiety of the passengers and annulling, as much as possible, their sensations of transportation. The goal is getting them to yield entirely someday, which will leave their fate totally in the hands of an omnipotent Company, so they don’t even care anymore about where they are going or where they come from.”

“And what about you? Have you traveled much on trains?”

“I, Sir, am only a switchman. To tell the truth, I’m a retired switchman, and I just show up here, every now

and then, to remember the good old days. I have never traveled, and never want to. However, travelers tell me stories. I know that the trains have created many towns besides F —whose origins I told you about. Every now and then, the crew of a train receives mysterious orders. They invite the passengers to get off the wagons, usually on the pretext that they may admire the beauties of a certain place. They hear about grottos, waterfalls, or famous ruins: “Fifteen minutes to admire such and such grotto,” says amiably the machinist. Once the passengers are a certain distance away, the train chugs away at full speed.”

“What about the passengers?”

“They wander disconcertedly from one place to another for some time, but they end up grouping together and establishing a colony. These untimely stops occur in convenient places, far from civilization and provided with adequate natural resources. There, selected groups of young people with particular abundance of women are abandoned. Wouldn’t you like to spend the last of your days in a picturesque unknown spot with a young girl by your side?”

The smiling little old fellow winked at the traveler and kept looking at him in a sympathetic, but wicked way. At that moment, they heard a faraway whistle. The switchman jumped up, and started making ridiculous and wild signals with his lantern.

“Is that the train? —the stranger asked.”

The old man began to run recklessly along the tracks. When he was a certain distance away, he turned around and shouted:

“You are lucky! You will arrive tomorrow to your famous station. What’s its name?”

“X! —answered the traveler.”⁷

In that moment, the little old man was dissolved into the radiant morning. However, the red speck of his lantern kept running and leaping imprudently between the rails, going to the encounter of the convoy.

In the background, the train kept approaching as a noisy advent.

.....
⁷ On one occasion, Arreola confessed, “At the end of ‘The switchman’, the outsider answers ‘X’ (after insisting all along the story on station T). He does that because he thinks, ‘after all that happened to me, I don’t mind where I’m going anymore’. I wrote it that way by mere chance. It was only much later when I realized that I did it.” Preciado Zacarías, Vicente, *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, Universidad de Guadalajara, 2003, p. 306.